

Sin embargo, Borges, como siempre contradictorio, resultaba inasimilable. Cuando sostenía en Madrid en 1980: «El lenguaje no debe referirse al lenguaje. Esa es una trampa que se cierne cíclicamente sobre los jóvenes, una tentación a evitar», esa advertencia no debió haber gustado nada a sus admiradores estructuralistas, posestructuralistas, desconstruccionistas y posmodernos que precisamente encarnaban a esos jóvenes a quienes se refería el maestro. *La Nouvelle Critique* y la crítica estructuralista que tanto lo alababa, no provocaban en él sino sarcasmos; ante un análisis semiológico de su obra, práctica de moda en los años 70, decía: «No se dan cuenta de que si uno lee algo así, se priva de todo goce estético, todo queda reducido a planitos o a un cuadro sinóptico»⁸⁹.

Borges incurrió en ese formalismo vacío, en el esteticismo, el arte puro, el juego de ingenio, el ejercicio de estilo, el culteranismo, el gongorismo, el preciosismo, el bizantinismo, la literatura puramente verbal, pero al mismo tiempo, denunciaba el fracaso humano de esa actitud, y la existencia de la realidad más allá del discurso. Hizo literatura lúdica y a la vez mostró el carácter dramático de la realidad de la que se huía en el juego. Reconocía en Lugones, lo mismo que en otros dos de sus ídolos, Quevedo y Kipling, «el genio verbal» pero este término iba acompañado a veces con el adverbio «magníficamente» y otros con el despectivo «meramente» por lo que había con ellos una relación ambivalente de atracción y repulsión. De Quevedo decía: «La grandeza de Quevedo es verbal»⁹⁰ lo cual parecería un elogio pero al mismo tiempo decía: «Un escritor puramente verbal, es pura literatura»⁹¹, lo cual parecía una crítica. De James Joyce y de Góngora decía: «Son curiosidades literarias (...) talentos verbales». A la literatura barroca española del siglo XVII, contraponía a Cervantes a quien «jugaba con cosas no con palabras»⁹². También salvaba el lenguaje barroco de Shakespeare por la misma razón: «Semejante lenguaje está justificado por la pasión, no por la pasión técnica de Quevedo, de Mallarmé, de Lugones o del mayor de todos ellos, James Joyce, sino por la pasión de las almas»⁹³. Su condena al formalismo es flagrante: «La concepción de la literatura como juego formal conduce, en el mejor de los casos, al buen trabajo del período y de la estrofa, a un decoro artesano (Johnson, Renan, Flaubert), y en el peor a las incomodidades de una obra hecha de sorpresas dictadas por la vanidad y el azar (Gracián, Herrera Reissig)»⁹⁴. Con respecto a la experimentación

⁸⁹ Cuestionario, 38, 1976 en Fernando Mateo (compilación) Dos palabras antes de la muerte y otras entrevistas, Buenos Aires, L.D., 1994.

⁹⁰ Otras Inquisiciones, O.C. pág. 661.

⁹¹ Reportaje de Ignacio Solares, La Opinión, 15 de diciembre de 1973.

⁹² James Irby, «Entrevista con Borges», Revista Universitaria de México, 1962.

⁹³ Prólogos, edición citada, pág. 146.

⁹⁴ Idem, pág. 171.

literaria decía: «Hablar de experimentos literarios es hablar de ejercicios que han fracasado de una manera más o menos brillante, como las *Solitudes* de Góngora o la obra de Joyce»⁹⁵. «Hay escritores en los cuales no sentimos el lenguaje, sentimos directamente su emoción o sus conceptos, pero en el caso de Joyce, sentimos ante todo el lenguaje (...) desde el principio se siente que lo que el preocupa son las palabras»⁹⁶. En su apreciación de Lugones, donde la admiración y el rechazo están indisolublemente unidos, es donde mejor se ve la contradicción asumida por Borges acerca de la literatura y aun del universo como verbal. Por un lado es sintomático de su preferencia de la forma sobre el contenido consagrar a Lugones y no a Sarmiento como «el primer escritor de nuestra república (...) el primer escritor de nuestro idioma». Pero por otra parte, decía del mismo: «Su empeño es ser original y no se resigna a sacrificar el menor hallazgo. Cada adjetivo, cada verbo, tienen que ser inesperados (...). Por un lado, el goce verbal, la música instintiva, la facultad de comprender y reproducir cualquier artificio; por el otro, cierta indiferencia esencial, la posibilidad de encarar un tema desde diversos ángulos, de usarlo para la exaltación o para la burla (...). En lugar de la inocente expresión, tenemos un sistema de habilidades, un juego de destrezas retóricas. Raras veces un sentimiento fue el punto de partida de su labor; tenía la costumbre de imponerse temas ocasionales y resolverlos mediante recursos técnicos» (...) «se negó a la pasión y laboriosamente erigió altos e ilustres edificios verbales»⁹⁷. Esta crítica y elogio a la vez de Lugones podría aplicarse punto por punto al propio Borges, así como también estos versos dedicados a Gracián: «No hubo música en su alma; sólo un vano/ herbario de metáforas y argucias/ y la veneración de las astucias/ y el desdén de lo humano y sobrehumano»⁹⁸. Lúcido consigo mismo, reconocía diciendo de Lugones o de él: «Entonces aquel hombre, señor de todas las palabras, sintió en la entraña que la realidad no es verbal, y puede ser incomunicable y atroz, y fue, callado y solo a buscar (...) la muerte»⁹⁸. En estas visiones de escritores puramente verbales que tanto lo obsesionaban y de los que nunca se sabe bien si admiraba o se burlaba de ellos, había un autorretrato vedado, una autobiografía intelectual latente.

Ya sin necesidad del otro para proyectarse a sí mismo, y después de haber ensayado en *Otras inquisiciones* una nueva refutación sofística del tiempo, terminaba admitiendo dolorosamente que el conjuro mágico estaba destinado al fracaso, que el tiempo irreversible, el pasado inmuta-

⁹⁵ Roberto Alifano, *Conversaciones con Borges*, Debate, Madrid, 1985.

⁹⁶ Leopoldo Lugones, *Buenos Aires*, Troquel, 1955, pág. 96 ss.

⁹⁷ El otro, el mismo, O.C. pág. 881.

⁹⁸ Leopoldo Lugones, *ed. citada*, pág. 98.

ble y el porvenir incierto, no podían ser abolidos, que el movimiento de transformación de la historia real, el cambio, no se detenían. «And yet, and yet. Negar la sucesión temporal, negar el yo, negar el universo astronómico, son desesperaciones aparentes y consuelos secretos. El tiempo es la sustancia de que estoy hecho (...). El mundo, desgraciadamente es real; yo, desgraciadamente, soy Borges»⁹⁹.

No debe tomarse, no obstante, este párrafo famoso, como la confesión final del verdadero Borges, porque éste no existe. Borges estaba tan poco seguro de la realidad del mundo como de que todo fuera un sueño, porque una u otra serían certidumbres, y él no tenía ninguna, y «ni siquiera tenía la certidumbre de la incertidumbre»¹⁰⁰.

A pesar de su negativa a ser considerado un filósofo, podemos preguntarnos cuál es, si no su doctrina, al menos su actitud filosófica. Él mismo se autodefinía como un «escéptico esencial», por lo cual es necesario hacer algunas precisiones con respecto a este concepto filosófico. Hay un escepticismo negativo absoluto identificado con el nihilismo, que afirma que el conocimiento de la realidad es inalcanzable, que conocemos sólo apariencias, impresiones, sensaciones, sueños, y aun el propio yo no tiene ninguna garantía ni seguridad de ser. La apariencia no revela, pues, el ser sino el no ser. Este escepticismo no está indeciso sino que se halla seguro de sí mismo; no duda, por el contrario está seguro de la inexistencia de la verdad, logra de ese modo la quietud del espíritu que es precisamente lo contrario del pensar dubitativo. Borges bordea este escepticismo, por ejemplo en su acercamiento, a través de Schopenhauer, al nihilismo budista, donde la realidad es sueño y la verdad es la nada.

Borges podía jugar con aquel escepticismo extremo pero se inclinaba más bien a un escepticismo moderado, neutral, más cercano al relativismo de su admirado George Bernard Shaw, según el cual cada uno tiene razón desde su punto de vista, pero cada punto de vista es incomunicable e inconvincente a los demás. Este escepticismo es la incerteza, la desconfianza, la irresolución, la indecisión sin fin, un vagar perdido, un ir y venir de aquí para allá. No se debe afirmar ni negar nada, todo juicio es puesto entre paréntesis, no se cree ni se des cree, no se toma partido, hay tantos argumentos a favor de una teoría como de la contraria, ninguna acaba de satisfacer, se produce un empate entre el pro y el contra, la tesis y la antítesis. El ser y el no ser, el sentido y el absurdo, lo racional y lo irracional, el cosmos y el caos, la realidad y la ilusión se equivalen. Se está por encima tanto del idealismo como del realismo, del espiritualismo como del materialismo, del platonismo como del aristotelismo, no

⁹⁹ Otras inquisiciones en O.C., pág. 771.

¹⁰⁰ J.L. Borges-Osvaldo Ferrari, Libro de diálogos, Buenos Aires, Sudamericana, 1986.